

DESPUES DE SIGLO Y MEDIO

# LA UNIVERSIDAD VUELVE A ALCALA

- *Será la cuarta universidad madrileña.*
- *Veinticinco mil alumnos podrán cursar estudios en ella.*
- *«Va a ser una carga gustosa», afirma el alcalde de la localidad.*
- *Empezará a funcionar en septiembre próximo.*





D

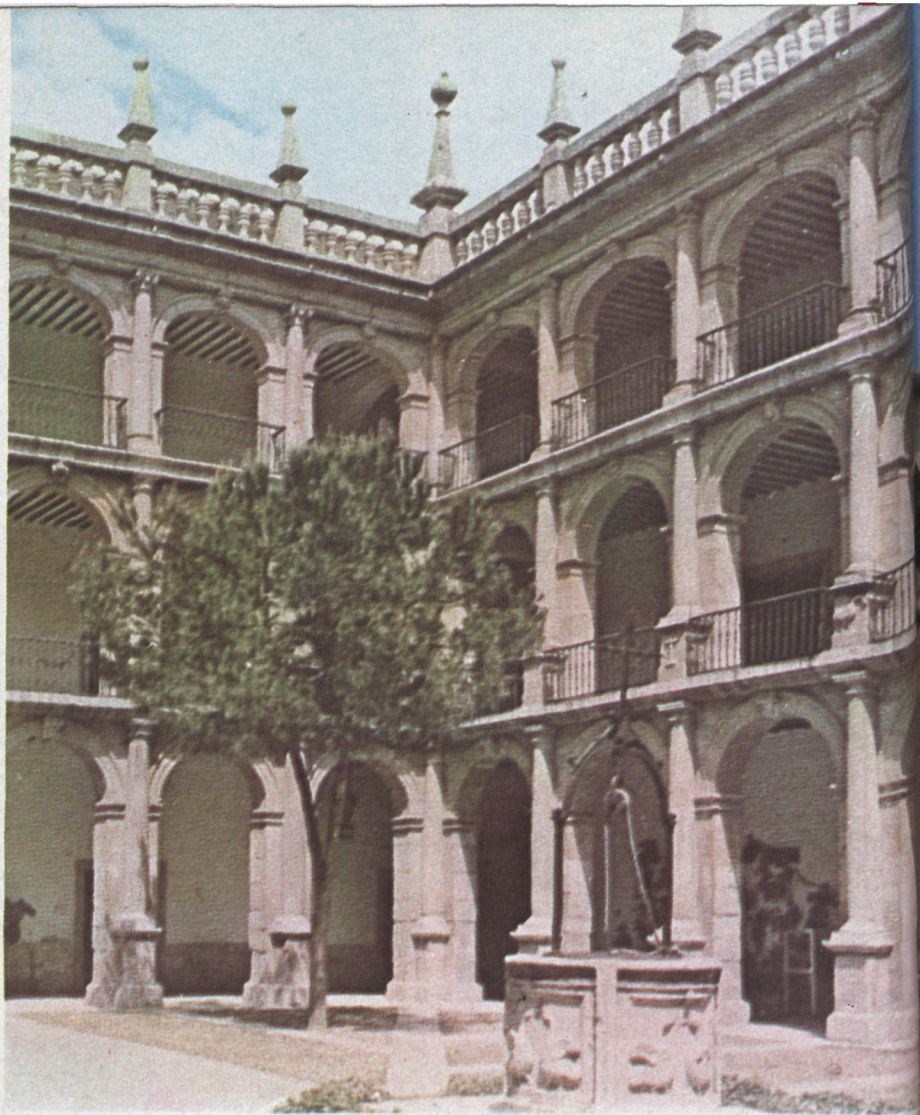
DEFINITIVAMENTE, Alcalá de Henares va a ser la sede de la cuarta Universidad de Madrid. Así lo dispone un Real

Decreto aprobado por el Consejo de Ministros, a propuesta del titular de Educación y Ciencia, en la última reunión celebrada —antes de las elecciones a Cortes— el pasado día 10 de junio. La nueva universidad comenzará su funcionamiento el próximo curso 77-78. Inicialmente seguirá impartiendo las enseñanzas propias de las facultades de Medicina, Ciencias, Ciencias Económicas y Empresariales, y Farmacia, que ya existen en Alcalá de Henares.

La gran expansión registrada en la Universidad Complutense de Madrid en los últimos años, tanto en lo que se refiere al número de sus centros como a las cifras de su alumnado, ha dado lugar a la creación sucesiva de las otras dos universidades madrileñas: la Autónoma y la Politécnica. Sin embargo, éstas también han quedado desbancadas. La adecuada ordenación y descongestión de las tres universidades ya existentes aconsejaba la medida tomada por el Consejo de Ministros, basándose en la autorización conferida al Gobierno en la disposición final cuarta del decreto de 15 de junio de 1972. Con su designación como nueva universidad se prevee que, en los próximos años, Alcalá de Henares llegue a pasar de los dos mil estudiantes que en la actualidad cursan estudios en sus facultades, a los veinticinco mil.

Los centros universitarios de Alcalá de Henares tienen ya, por la amplitud de enseñanzas que imparten, y por la unidad que en su conjunto presentan, entidad suficiente para constituir una universidad independiente, que va a traer consigo el establecimiento de la enseñanza superior en un área de población en constante crecimiento. Al mismo tiempo, la creación de la nueva universidad, enlaza con la rica tradición universitaria que Alcalá de Henares posee desde tiempos inmemoriales. Albergó la primera Universidad Complutense, que fue fundada por el Cardenal Cisneros en los primeros años del siglo XVI. Lo que trajo con sí la proliferación de colegios y conventos, que datan de la época. Anteriormente la villa había sido —concretamente en el siglo XII— residencia episcopal y real. En el siglo XVIII se inicia la decadencia de Alcalá de Henares. Un síntoma de ella es el traslado de su universidad a Madrid, en 1836. Ahora, después de casi 150 años, la Universidad vuelve a Alcalá de Henares.

La antigua y famosa universidad alcalaína forma parte, junto con el Palacio Arzobispal, el Monasterio de San Bernardo y la Iglesia Magistral, del conjunto histórico-artístico de Alcalá de Henares, declarado oficialmente en marzo de 1968.



La noticia de la creación de la nueva universidad —esperada por todos— ha llenado de júbilo a los habitantes de esta localidad, situada en el valle del río Henares, que se perfila en la actualidad, de manera definitiva, como zona de expansión de la ciudad de Madrid, tanto en lo que se refiere a sus aspectos demográficos, como a los industriales y comerciales. Alcalá, desde el punto de vista de ordenación territorial, queda localizada y definida dentro de lo que se ha dado en llamar «Corredor Madrid-Guadalajara», corredor que por otro lado se perfila como verdadero «continuo urbano», inscribiéndose en su estructura interna todas aquellas actividades que presentan las grandes ciudades capitalistas.

El Ayuntamiento de Alcalá de Henares, tras conocer la noticia, reunió un pleno extraordinario para manifestar su regocijo por la vuelta —que no otra cosa— de la universidad a su localidad. «Alcalá vuelve así a ser ciudad universitaria, sin dejar por ello de ser ciudad industrial», nos dice su alcalde, don Fernando Sancho Thome, quien nos habla entusiasmado de los preparativos que su ayuntamiento venía haciendo para cuando se consiguiera el retorno de la universidad. «Aquí todo el mundo estaba pendiente del decreto de creación. Por su parte, las autoridades universitarias tienen ya previsto un plan parcial del campus.

*Habrà que construir residencias de estudiantes y toda una cadena de servicios complementarios». Alcalá está contenta. Don Fernando Sancho nos dice igualmente que tendrán más, pero las ventajas que las cargas que lógicamente va a traer con sí la nueva universidad; «tendremos que hacer un considerable esfuerzo para responder a todo lo que trae consigo ser universidad otra vez, pero va a ser una carga gustosa».*

Hace ya tiempo que el Ayuntamiento de Alcalá, con innegable visión de futuro, solicitó del Gobierno el restablecimiento, como rectorado, del edificio de la antigua universidad complutense, cuando ésta volviera a su lugar de origen. «Es tan reciente todo, ahora tendremos que iniciar de nuevo las gestiones», explica el señor Sancho Thome. La antigua universidad se utiliza desde hace 17 años como Escuela de Administración Pública, pero el alcalde de Alcalá no duda ni por un momento que el histórico edificio sea sede del nuevo rectorado, aun sin rector —de momento hará las veces el vicerrector, Felipe Calvo, hasta ahora dependiente de la Universidad Complutense de Madrid—, pues, como él afirma, la Escuela de Administración Pública puede pasar a cualquiera de los nuevos edificios que se construyan.

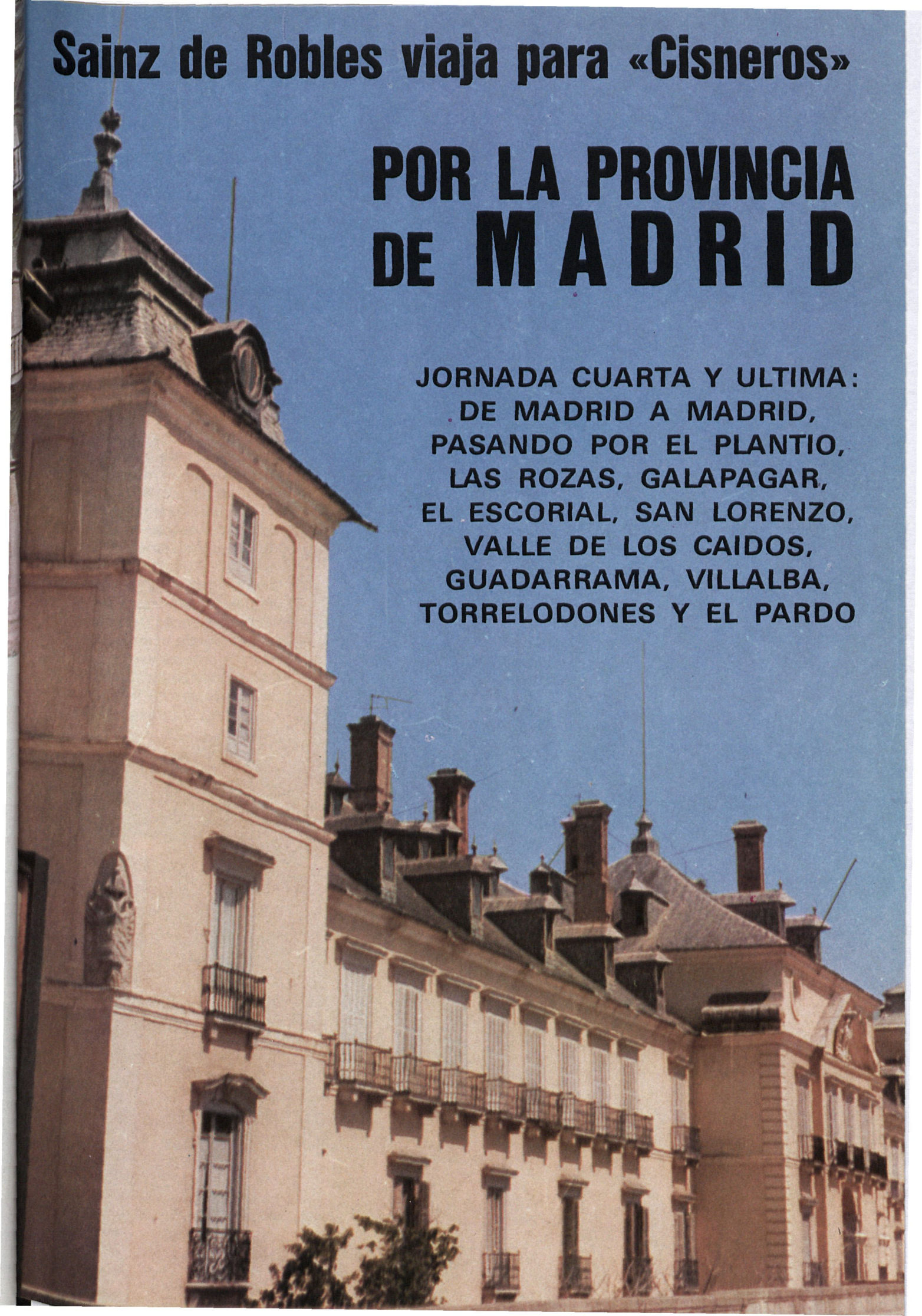
IZAGA USALLAN



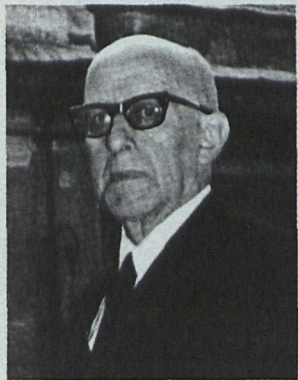
**Sainz de Robles viaja para «Cisneros»**

# **POR LA PROVINCIA DE MADRID**

**JORNADA CUARTA Y ULTIMA:  
DE MADRID A MADRID,  
PASANDO POR EL PLANTIO,  
LAS ROZAS, GALAPAGAR,  
EL ESCORIAL, SAN LORENZO,  
VALLE DE LOS CAIDOS,  
GUADARRAMA, VILLALBA,  
TORRELODONES Y EL PARDO**







Escribe:  
**FEDERICO CARLOS  
SAINZ DE ROBLES**  
Cronista Oficial de Madrid

**L**A cuarta jornada-inventario, y última, por la provincia de Madrid, de Oeste a Norte, como todas las anteriores empezó, para mí, con buen pie, sin que recuerde si este buen pie fue el derecho —que tanto importa a los suspicaces— o el izquierdo —que tanto aflige a los supersticiosos—. Y empezó, bien que la fecha se me fijó en la memoria, un 10 de julio sofocante, con nubarrones espesos y grises, bogando con parsimonia (posiblemente a motor propio, pues el aire se había quedado sin vuelo) bajo un cielo indigo esparcidor de chiribitas. El amigo fotógrafo, cargado como un Atlante a escala muy reducida, y un servidor de usted habíamos empezado cada animación particular deglutiendo media docena de churros calentitos, relativamente ablandados en café con leche, en cierta cafetería, frente a la estación del Príncipe Pío. (Cafetería que, por cierto, ha desaparecido al ser demolido el inmueble pobretón y *churretoso* en cuyo bajo se había hecho rica durante casi medio siglo. R.I.P.) Al café hicimos seguir una reconfortan-





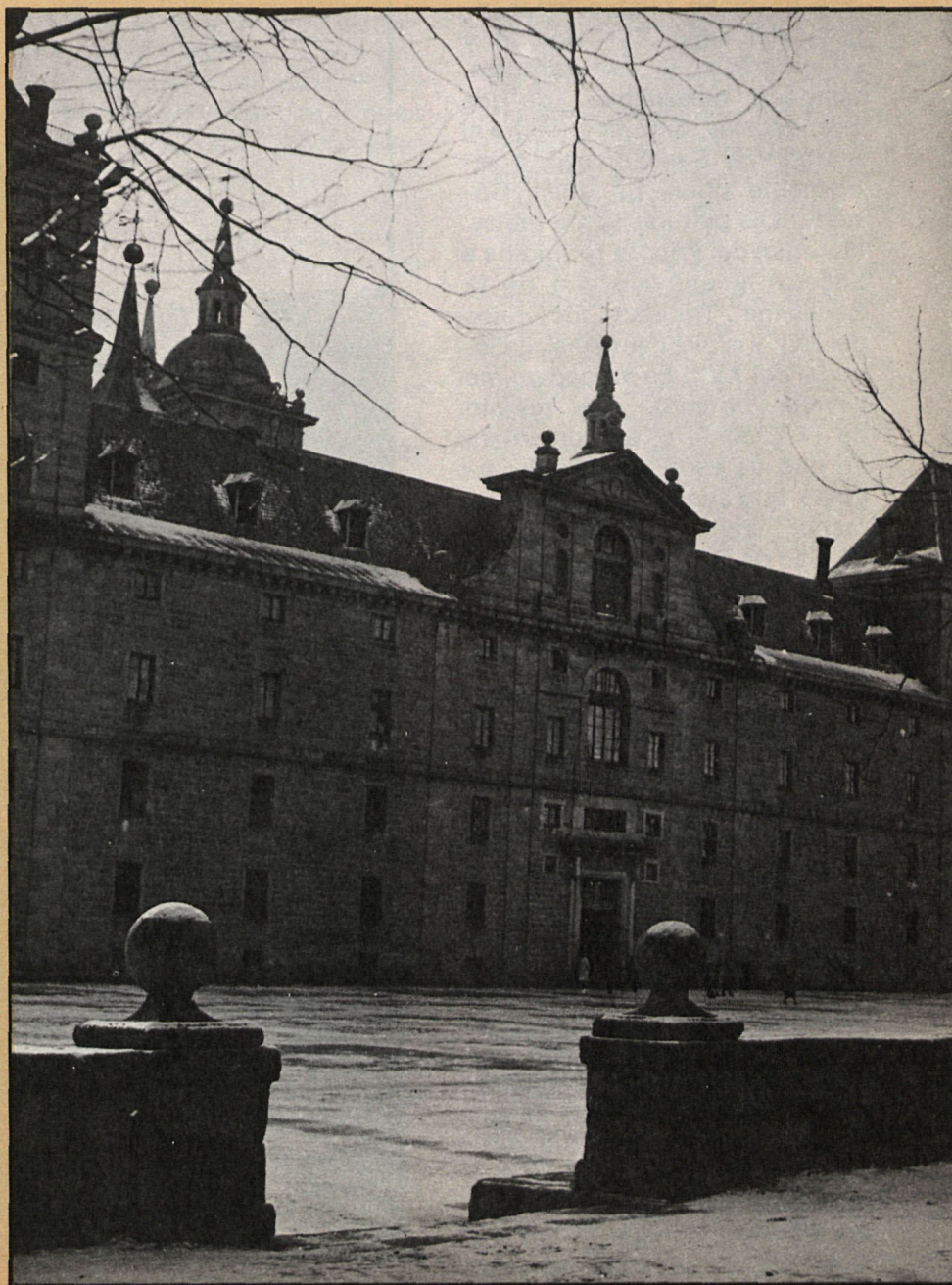
te copa de Chinchón del seco, que es algo así como llenar el depósito de nuestro coche con gasolina de «la super». Y nuestra andadura se lanzó a través de la hermosísima Casa de Campo, coto real que se adjudicó nuestro don Felipe II, de gloriosa memoria, pero cuya propiedad indiscutible era de la Villa; y tan antes, que ya le estaba alapada (pletórica de vegetación, gloriosa y de variadísima fauna sobresaltante) desde los finales del Paleolítico. No creo que sea peligroso ahora el que yo declare que, tras la Casa de Campo, atravesamos dos o tres fincas particulares, de pinos y chaparros, saltando setos espinosos y tapias de cantos y adobes. Con cuyo allanamiento de propiedad rústica ganamos algunos kilómetros hasta nuestra primera meta: Las Rozas. Pueblo «casi nuevo», pues que casi lo planchó la guerra de 1936-1939, y que ha sido con buen criterio «funcional», pero con escasísima imaginación. Sin embargo, algo queda engolosinante en su parroquia de San Miguel: cabecera gótica, naves con sillares de granito y arcos de medio punto, artesonada la nave central: la portada adintelada de los pies, la de la Epístola, con arco de medio punto bajo pórtico; y la del lado del Evangelio, adintelada y del siglo XVII.

En el más alto que altivo Galapagar, señor de su cerro bien contorneado, ya pinta palo más afortunado. Alguien ha dicho —acaso yo— que Galapagar está encrestado como el gallo del amanecer. Y en Galapagar hay una iglesia parroquial dedicada a la Asunción. Y en esta iglesia, con cabecera gótica del siglo XVI, nave central cubierta con artesonado y la capilla mayor con bóveda de nervios, hay algunas cosas que vale la pena envidiar con gozo (aun cuando no puedan ser de uno): la torre epistolar con decoración de bolas herrerianas y ágil chapitel de pizarra; la barroca pila bautismal del XVII.

Y cuando «el palo» se nos ha puesto ya francamente a favor, nos jugamos nuestro mejor entusiasmo al llegar al pueblo de El Escorial. Y nos permitimos

casi el éxtasis largo ante su iglesia parroquial. Que como las mujeres rotundamente hermosas a primera vista, es hermosa «por fuera». (Y ya la conoceremos por sus adentros.) Hermosura limpia, precisa, exacta. Hermosa con austeridad y señorío de gran linaje. Dicen que la reconstruyó Juan de Herrera; y que aún hubo de terminarla Francisco de Mora (pareja insuperable al juego arquitectónico). Lo único que no se puede negar es que esta iglesia tiene, y guarda celosa, un parentesco próximo con el Monasterio Real de San Lorenzo, el de allá arribita, arribita, bien apeanado en su imagen como el arca de Dios. La misma piedra en éste que en aquélla. Y la misma geometría. Y los mismos ventanales. Y las

mismas coberturas de pizarra. Y el mismo empaque para clamar: «¡Yo contra el tiempo!» Cuando entramos en el interior del templo comprobamos enseguida que el parecido al que hemos aludido, por la imagen externa, persiste «por los adentros», sino que aquí como en una semejanza vista a través de unos prismáticos invertidos y alejadísimos. Las mismas ventanas en los lunetos. La misma severa gracia en los arcos. La misma serenidad —intacto su silencio— transmitida de lo largo a lo ancho. Y... *ese no sé qué*, que es el parecido más decisivo entre dos personas: lo que da la sangre y la raza, el estilo de ser y la prestancia en el estar. En este mismo templo, cuando aún en el herrerianismo no se





complicaba la geometría con el parecido, oyó misa muchas veces, siempre agitado su espíritu y muy tensa la voluntad, don Felipe II. Por ello nada tiene de extraño que aquí palpite (¡que se la oye!) la misma melancolía filipina. La iglesia está dedicada a San Bernabé, y de su imagen puede jurarse que es absolutamente *equilibrada*. Se conserva intacta y está construida con la piedra granito que tanto abunda en este término y que es tan grata a la vista. Y me empecino en aconsejar a mis lectores, posibles turistas, que reparen bien en sus partes, tanto exteriores como interiores. Porque es una joya. De una nave única, su retablo mayor lo preside una pintura —no deleznable— con el tema del martirio de San Bernabé. Seleccione, además de dicho retablo renacentista, del siglo XVI, dorado y policromado, y con pinturas, tampoco deleznales, de los Evangelistas, San Jerónimo y el martirio de San Lorenzo, posiblemente obras de Juan Gómez... Las pinturas sobre tablas: la Virgen del Pópulo (atribuida a Luceto) y una alegoría de la Santísima Trinidad, de fines del XVI; y la pila bautismal, galtonada, del XVII. En verdad yo me llevaría, enterito, este templo de El Escorial si se convirtiera en uno de esos templos de juguete que suele sostener en su mano, como símbolo de la Ciudad de Dios, el bendito doctor San Agustín, bien en una talla, bien en una pintura. Sin ir muy lejos, desde aquí, en la Basílica escurialense puede contemplarse, en imagen pictórica, ese San Agustín con su bello templo juguetito en la mano. ¡Ah! Pero que nadie se aleje de este Escorial sin echar un largo vistazo a las grandes y muy hermosas dehesas que lo enmarcan: La Fresneda, El Campillo, Las Radas...

Pasando «por alto» San Lorenzo de El Escorial (como ya advertí al pasar lo mismo por Alcalá de Henares y Aranjuez), a diez kilómetros de éste se encara el turista con una grandiosidad apabullante..., pero que no acaba de metérsele a uno por el alma, aunque sí por los ojos: sobre un empinadísimo



altozano guadarrameño puro, denominado Cuelgamuros o risco de la Nava, bajo la grandiosa cruz del Valle de los Caídos, la descomunal Basílica de la Santa Cruz, construida, obra de cíclopes mitológicos, dentro de un único peñasco. Si en ocasiones me pasma esta Basílica, ya meditando acerca de ella se me va haciendo poco agradable. No puedo olvidar que los cíclopes que la horadaron y dieron proporciones geométricas, durante más años de los que tardó en construirse la grandiosidad fascinante de la Basílica escurialense, lo lograron *a fuerza* de dolores, de amarguras, de resentimientos en cierta medida lógicos, pensando a lo grande para la reducción de sus cárceles. Luego de esta reflexión sigo reconociendo la belleza y el arte que se acumulan en el interior de esta Basílica. Cuyo primer director y arquitecto fue don Pedro de Muguruza, a quien pudiéramos llamar «el Juan Bautista de Toledo» del Valle de los Caídos. Pues como éste, en El Escorial, Muguruza murió cuando aún la obra no estaba ni mediada. Y como antaño, hogaño llegó «el Juan de Herrera» del Valle de los Caídos: el arquitecto don Diego Méndez González, quien, como Herrera en El Escorial, resolvió las partes fundamentales: cripta y cruz, y modificó bastante las accesorias.

Y... ¿quieren ustedes que les recomiende, lo más hermoso —siempre a mi gusto— de contemplar aquí? Pues, ya fuera de la Basílica, la inmensa circundante panorámica tecnicolor. Abalconándose en cualquiera baranda, morosamente llevar la mirada de izquierda a derecha, y viceversa, muchas veces... Inmediatamente quedará el contemplador envuelto en una sugestión irresistible: montes y llanuras, choperas y pinares, caminos y sendiles repantantes, roqueras abismales, pueblecitos maquetas encantadoras de sí mismos... rebozados en una luminosidad de flama moviediza. Pronto la panorámica deja de ser pintura académica donde toda precisión tiene su implacable testimonio, para convertirse en una pintura impresionista en la

que las luces, y sus gamas y matices, se peculiarizan en grupos, lentejuelas, raras flores, añicos refulgentes, árboles centenarios —y aun milenarios— que *se diluyen* en extraños contraluces, montañas que parecen abrirse y hundirse en cataclismos de ensueño.

Pero sería insensato que no recomendará yo a mis lectores, para su selección exigida, varias cosas, antes que dada inquietantes, de las innumerables que se acumulan en esta Basílica, cuyo exterior, en torno a la gigantesca cruz, sobresaltan las figuras ciclópeas, casi miguelangelescas, de los cuatro Evangelistas —de dieciocho metros de altura, picadas y esculpidas en mármol oscuro de Calatorao, anatomías olímpicas—, obras de Juan de Avalos. Dentro de la larga y severa nave, bajo la gran cúpula de cuarenta y dos metros de altura —apuntamos en nuestra agenda selectiva: las figuras, advocaciones Marianas, que presiden los altares laterales en unas capillas enmarcadas en alabastro: la Virgen Inmaculada, la Virgen del Carmen, la Virgen de Loreto—, obras de Carlos Ferreira, patronas de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire. La Virgen de Africa, la de la Merced, la del Pilar, obras, respectivamente, de Ferreira, Lapayese y Mateu. Los ocho maravillosos tapices (coberturas de los enormes espacios murales) con temas del *Apocalipsis* de San Juan, y tramados en oro y plata y sedas y lanas, posiblemente entre 1520 y 1540, y tejidos por el gran artista bruselés Guillermo Panemaker sobre cartones dibujados por —seguramente— otro artista exquisito: Bernardo van Orley. La enorme puerta de bronce decorada con los recuadros-relieves de los quince Misterios del Rosario. La impresionante armonía del vestíbulo (de quince metros de ancho por otros tantos de largo, con sus anchos pilares, unidos por arcos fajones de medio punto que culminan en bóvedas con lunetos. La monumental verja —obra de José Espinós Alonso— dividida en tres cuerpos —*con vida propia* cada uno— separados por cuatro machones, en cuyas dos caras hay figuras a relieve de